

La  
aventura  
empieza  
aquí...

Libera a los saurios  
con la app gratuita SuperSauris

**SUPER  
SAURIS**

JAY JAY BURRIDGE

# SUPERSAURS

## RAPTORES DEL PARAÍSO

DESTINO

JAY JAY BURRIDGE

# SUPERSAURS

## RAPTORES DEL PARAÍSO



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018

infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The World of Supersaurs. Raptors of paradise*

© del texto y de las ilustraciones: Supersaurs Limited, 2017

Ilustraciones de Chris West y Jay Jay Burridge

Publicado originalmente en inglés por Supersaurs, un sello de Bonnier Zaffre, Londres

© de la traducción: Andrés Rus Sánchez, 2018

© de la aplicación de Supersaurs: Supersaurs Limited, 2017

© Editorial Planeta S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18194-1

Depósito legal: B. 466-2018

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# I

## La llegada en barco

~ después de mucho de no hacer nada absolutamente relevante ~

Koto Baru, Wokam, islas Aroe,  
Provincia de las Molucas, Indonesia Oriental, 1932

**B**eatrice Kingsley se despertó de golpe entre una maraña de cuerdas y un montón de lonas viejas. Los motores del *Orca* emitían, de repente, un sonido diferente al habitual; lo que quería decir que el pequeño, aunque pesado, barco de vapor reducía su marcha; lo cual, a su vez, quería decir... ¡tierra! Sin más demora, se incorporó y se frotó los ojos sacudiéndose el sueño de encima, al tiempo que echaba un vistazo al exterior de la embarcación y a la noche sin luna en la que esta se hallaba envuelta. La oscuridad lo envolvía completamente todo, salvo las estrellas allá en lo alto y las luces de la cubierta; sin embargo, el inconfundible olor cálido y húmedo procedente de la isla a la que se acercaban llenó por completo sus orificios nasales. Era embriagador.

—¡Bea, ¿estás despierta?! —preguntó una estruendosa voz desde el puesto de mando.

—¡Sí, capitán! —respondió ella mientras subía, descalza y a grandes brincos, por los peldaños de la escalerilla de acceso hacia donde, iluminado única y débilmente por la tenue lamparita de su mesa de mapas, se encontraba el capitán Woods al mando del timón.

—Ya me imaginé que lo estarías. Haz algo útil, ¿quieres? —dijo señalando un largo y pesado rollo de cuerda—. Yo me encargo de meterlo, pero nece-

sito que bajas deprisa a cubierta, sin caerte, y amarres rápido y bien fuerte el extremo de ese cabo a algo sólido.

El *Orca* fue aproximándose lentamente al viejo y desvencijado muelle. Un farol colgaba del extremo frontal de la embarcación iluminando perezosamente el camino. No obstante, la oscuridad de la noche ya empezaba, poco a poco, a irse desvaneciendo, dando lugar a la grisácea atmósfera que siempre lo inunda todo antes del amanecer. Bea se encaramó lo más que pudo a la proa del barco, con un pie encima del borde, lista para dar un salto en el momento conveniente.

—¡No puedo ver gran cosa desde aquí, Bea! ¡Tú me guías!

—¡Mantenga el rumbo, capitán! ¡Ya casi estamos! —le respondió ella—. ¡Tres..., dos...!

Acto seguido y sin un solo ruido, posó ambos pies sobre los listones del espigón de madera y, cuerda en mano, ató esta a un poste, tensándola conforme el barco se acercaba suavemente por uno de los costados. Por fin habían llegado.

—Buen trabajo, Bea. Haz ahí un nudo marinero y, cuando hayas acabado, avísame para que lance el ancla de popa.

Dos minutos más tarde, con el *Orca* ya atracado de forma segura, Bea se limpió el polvo de las manos sobre su falda a cuadros y se dio media vuelta para observar el embarcadero. La verdad es que era un alivio estar en tierra firme. Desde que salieron de Papúa, los dos días con sus dos noches en los minúsculos compartimentos habían resultado prácticamente insoportables; sin embargo, ahora, ella se hallaba ansiosa por comenzar a explorar la zona. Quería aprovechar al máximo todo el tiempo que pasara fuera del barco, ya que sabía que aquel solo era el punto intermedio de su travesía y que tendrían que hacer el mismo horrible camino de vuelta otra vez antes de volver a casa, a Inglaterra.

—No está mal para una marinera de agua dulce. Eres, con diferencia,

mucho mejor que toda mi perezosa tripulación —dijo el capitán Woods tendiéndole la mano para ayudarla a subir de nuevo a bordo

—¿Quiere que despierte a los demás y les haga saber que hemos llegado, capitán? —preguntó Bea.

—No, déjales que sigan durmiendo como corderitos. No hay nada que hacer hasta dentro de un buen rato. De hecho, a mí también me vendrá muy bien echar un sueñecito. Te sugiero que hagas lo mismo —dijo tumbándose sobre su hamaca.

Con un fluido y suave movimiento, el capitán comenzó a balancearse de un lado a otro y, a continuación, inclinó su sombrero hacia abajo cubriéndose el rostro. Fiel a su palabra, en apenas un instante se hallaba dormido.

En cambio Bea estaba más despierta que un mochuelo. De modo que pensó que lo mejor sería, efectivamente, hacer alguna otra cosa de utilidad. Sus maletas, junto con las de su abuela y las de Theodore habían sido las últimas en ser subidas a bordo; luego, a buen seguro, serían las primeras en ser descargadas del barco. Así pues, se puso manos a la obra. Su equipaje era sencillo y ligero de peso: una pequeña maleta con unas cuantas prendas funcionales para varias mudas, junto con su ropa y sus botas de montar para el caso de que tuviera, por fin, oportunidad de hacer lo que tanto deseaba y encontrara a alguien con un alosaurio a cuyos lomos pudiera cabalgar. Al principio del viaje, se las había apañado para, disimuladamente, extraviar a propósito una segunda maleta abarrotada de vestidos modositos y otras prendas más formales; pérdida que, sin duda, la hacía muy feliz. Su abuela, Buntty, la había obligado a empaquetarlas, aunque estaba claro que era una ropa ridícula para correr o montar a caballo.

Bea había sacado unas notas excelentes en Biología, Ciencias y Arte en la escuela, de modo que su abuela le había encargado la misión de ser la ilustradora oficial de este viaje, así como la encargada de transcribir los hechos más importantes que ocurrieran durante el mismo. Que esas fueran las materias

que la apasionaban no era de extrañar en absoluto; sobre todo, teniendo en cuenta que se había criado delante de la inmensa biblioteca de su padre, la cual contenía todo tipo de documentación, diagramas y dibujos. A menudo, sus amigas se metían con ella por el poco interés que mostraba por las novelas de moda o los cotilleos del patio; pero la verdad es que Bea siempre había preferido ser, única y exclusivamente, proveedora, y no receptora, de información. El bolso que llevaba colgado al hombro contenía las herramientas necesarias de su oficio: una libreta de notas; un cuaderno de bocetos lleno ya de coloridas ilustraciones; y un estuche de lápices totalmente gastado, el cual necesitaba que le cosieran de manera urgente los agujeros que lucía aquí y allá; a su vez, llevaba dentro también un ovillo de cuerda blanca con marcas hechas a lo largo de su extensión para llevar a cabo mediciones, así como un pequeño bote de pegamento en caso de que hubiera que reparar algo roto; por último, una cajita de latón que contenía pinceles y pinturas de acuarela con las que dar vida a sus dibujos.

Bunty, la abuela de Bea, tenía puntos de vista diferentes en cuanto a lo que era imprescindible a la hora de hacer una maleta. Cada uno de los tres maletines con los que viajaba, especialmente uno, era lo bastante grande como para poder trepar a lo alto de ellos. Dentro albergaba un desconcertante surtido de corsés, enaguas y sombreros. Aparentemente, este era un viaje para ir ligero de equipaje, pero como solía recordarle a Bea «una nunca sabe con lo que se puede encontrar». A juzgar por el peso de sus enormes maletas, no debía esperar menos que el mismísimo Apocalipsis o algo así; en cuyo caso, quería poder disponer del sombrero indicado para tal ocasión.

Bunty Brownlee había montado junto a su marido, el difunto Sidney Brownlee, un criadero de saurios que había tenido gran éxito en América. Cuando Sidney murió, ella regresó a Inglaterra para hacerse cargo de su vieja propiedad en el condado de Oxford. Más adelante, convirtió la granja en Kenia de la que era dueña en un albergue para safaris de lujo, durante los cuales

la gente podía observar, en su hábitat natural, algunos de los últimos tiranus títan blancos. Era una persona más que acostumbrada a los climas calurosos, así como a compartir la faena con hombres; sin embargo, no veía aquel hecho como excusa para perder las buenas maneras.

El último de los tres equipajes era el de Theodore: un viejo y grande ma-cuto del ejército, de maltrecho aspecto, que albergaba en su interior la vida entera de su dueño. Si acaso llevaba alguna muda de ropa dentro, lo más probable es que esta fuera, casi con total seguridad, idéntica a la que llevaba puesta. Por lo menos, que Bea supiera, no había metido ninguna otra prenda. Incluso es posible que lo único que se pusiera para dormir fuera su sombrero de cowboy. De hecho, los objetos que más importancia tenían para él eran su cuchillo, su sombrero y su pistola; y por este orden precisamente. Seguido de todo tipo de dispositivos de supervivencia y de primera ayuda. No en vano, había luchado en la primera guerra mundial. Allí, había aprendido algunas lecciones particularmente duras, lecciones que hacían que, en lo que respecta a nivel de preparación, el «una nunca sabe con lo que se puede encontrar» de Bunt-y pareciera cosa de niños. Theodore había trabajado para ella y para Sidney toda la vida; por lo menos, desde que estos lo recogieron de la calle cuando era un chaval esquelético que acababa de escapar de la vida dura y gris de los muelles de Londres para dirigirse al nuevo mundo prometido: América. No obstante, hoy en día, más que el pillo extraviado que una vez fue, era, más bien, una especie de cowboy de ciudad que, sin ninguna duda, se había convertido con el paso de los años en una gran persona de confianza para las dos mujeres.

Bea encontró una carretilla medio rota entre las cosas de la cubierta y cargó en ella todas las maletas. Mientras tentaba su base con la planta del pie, contempló el amanecer. Al principio, las primeras luces del alba se recortaron sobre la silueta oscura de la isla que se hallaba frente a ella; sin embargo, segundos después, nada más asomar el sol por encima del bajo horizonte, una luz dorada fue avanzando rápidamente por el espigón, iluminando un listón



de madera tras otro hasta acabar sumergiéndose en un baño de oro fundido a Bea y al *Orca*, así como a la pequeña población que se levantaba tras ella.

Dos hombres emergieron, estirándose y bostezando, por la escotilla que conectaba el puente principal y el puesto de mando con los camarotes de la tripulación del barco. Entraron de puntillas con cuidado de no despertar al capitán, que seguía roncando junto al timón, y empezaron a servirse el café que Bea había hecho, felices de tener ante ellos una taza caliente, un puerto tranquilo y un jefe dormido. No obstante, todo lo bueno llega a su fin. Justo en ese momento, el capitán Woods se incorporó de golpe y se cayó de la hamaca soltando un grito. Fue entonces cuando Bea supo que Bunty estaba a punto de hacer acto de presencia.

—Buenos días, capitán. ¿Qué está usted haciendo ahí tirado bajo su hamaca? Ah, Beatrice, querida, estás aquí... Anda, sé buena chica y ve a buscar un mozo para las maletas.

—No creo que este sea ese tipo de puertos, abuela...

—dijo Bea señalando el embarcadero vacío, al tiempo que un joven marinero le entregaba a Bunty una taza de café y se escabullía de su presencia a toda velocidad.

—Por supuesto que sí. Todos los puertos tienen mozos de equipaje, solo hay que estar un poco atenta. ¿Tanto esfuerzo te supone echar una mano de vez en cuando? —prosiguió su abuela—. Por lo menos, podías haber hecho tú el café, en lugar de estar por ahí, sentada tranquilamente sobre nuestras maletas. Menos mal que ya se ha encargado alguien de la tripulación.



Bea abrió la boca para protestar contra aquella injusticia, pero, finalmente, volvió a cerrarla. Pensó que era mejor no tentar la suerte; al menos no a esas horas tan tempranas de la mañana. En su lugar, soltó un gruñido, sacó su libreta de notas y escribió: «1. No volver a hacer NUNCA café para todos».

Theodore agachó la cabeza cuidadosamente para salir por la puerta de su camarote. Estaba claro que el *Orca* había sido construido para gente bajita. Subió donde se hallaban todos, saludó a Bea levantando ligeramente su sombrero y se dejó llevar por su olfato hasta dar con la cafetera.

—Huele exactamente como a mí me gusta. Compadres, parece que por fin le habéis cogido el punto al café.

Entonces, sin dudar lo más mínimo, llenó su taza hasta el borde y se dirigió a estrecharle la mano al capitán del barco.

—Wilbur. Gracias por el viaje, amigo. Por el momento ya no les molestaremos más. Debemos estar listos para zarpar de nuevo en unos días, tal y como acordamos.

La gente sentía un instintivo agrado por Theodore Logan, y Woods no era una excepción. Las últimas dos o tres noches le habían pegado juntos un par de buenos tragos a la cara botella de whisky escocés de malta que había traído consigo. Además, el propio capitán había hurgado en su despensa sacando el mejor ron que le quedaba; mezcla que había dado lugar entre los dos a una sana competición de cicatrices y viejas batallitas. En cambio, por lo que respectaba a Bea, tanto ella como su abuela se habían pasado toda la travesía sin hacer absolutamente nada relevante.

Indicando con un gesto a uno de los enclenques marineros que se apartase, Theodore se apresuró para ayudar a Bunty a acceder desde la cubierta del barco hasta el embarcadero.

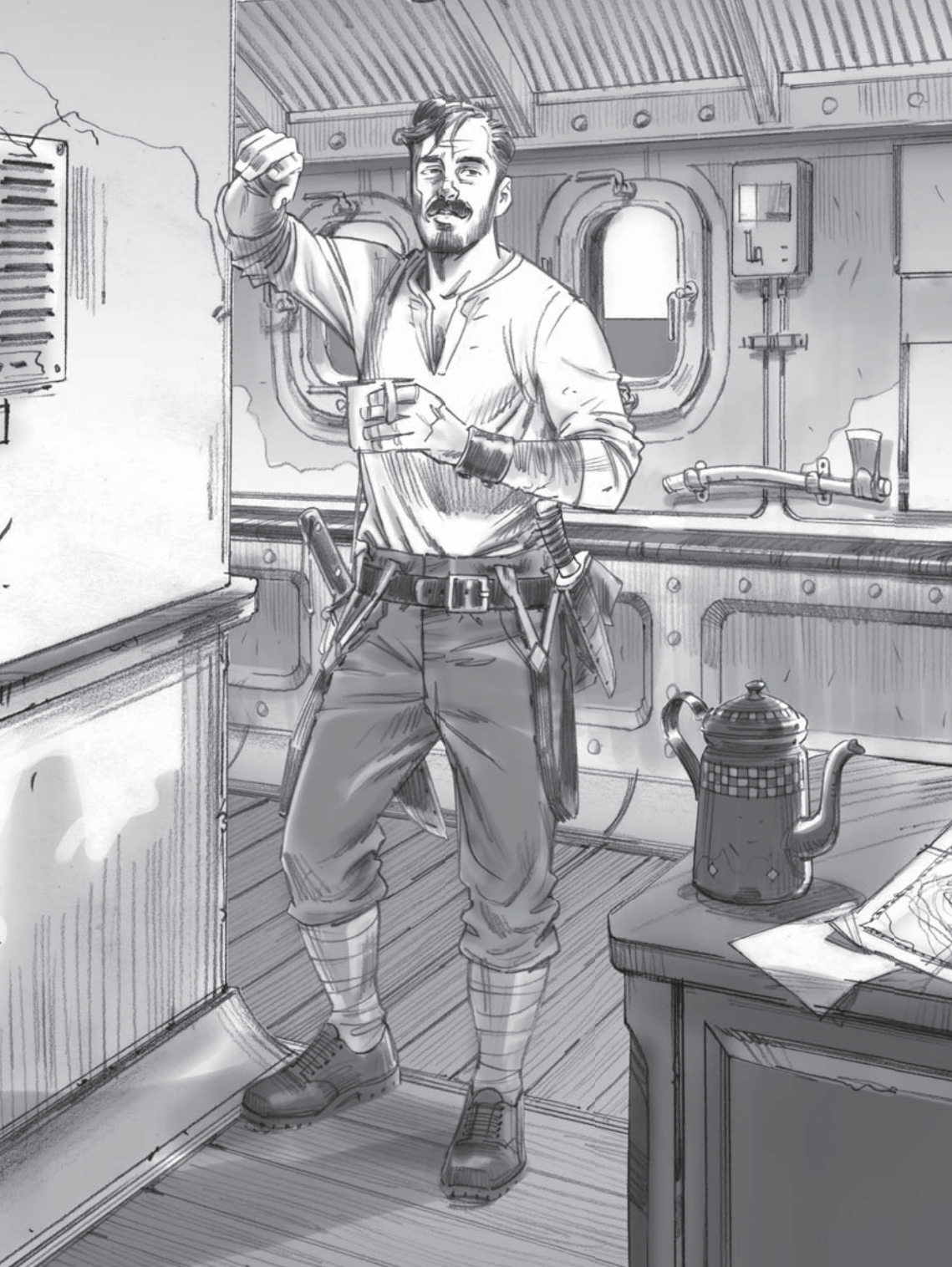
—Ya me encargo yo. Bastante habéis hecho ya. Esas maletas pesan mucho más de lo que parece, ¿eh? Bea, quédate tú ahora pendiente de tu abuela mientras yo voy en busca de un porteador, ¿quieres?

Dicho esto, se alejó andando a grandes y decididas zancadas.

Al mismo tiempo que observaba a su alrededor el muelle desierto, Bea pensó, sin poder remediarlo, que su llegada a las islas Aroe, el destino final de aquel épico y fatigoso viaje marítimo, era, sin duda, la decepción más grande con la que jamás se había encontrado. Debería estar en el exuberante paisaje del condado de Oxford, pasando unas divertidas vacaciones de verano en compañía de sus amigos y de su querido alosaurio, *Rusty*; en lugar de verse arrastrada por medio mundo hasta las islas de las Especias en un sinfín de trenes, aviones, coches y, finalmente, aquel estrecho y maloliente barco. Pero el caso es que allí estaban: la abuela, que, como siempre, necesitaba ayuda para bajar del barco; Theodore, su sempiterno acompañante en sus viajes por el globo, el cual siempre estaba allí para asegurarse de que bajaba sin problemas de los barcos; y Bea. Luego, escribió en su libreta: «2. No volver a viajar en barco NUNCA jamás», añadiendo, al cabo de un instante, entre paréntesis: «(A menos que sea en un barco que vaya camino a casa)».

Bea suspiró. Parecía que aquel iba a ser uno de esos días. Ella los quería mucho a los dos, pero había veces que eran capaces de sacarla de quicio por completo. Además, nunca la tenían en cuenta ni le consultaban las decisiones importantes que hubiera que tomar. Le habían dejado caer la idea de hacer todo aquel dichoso viaje haría cosa de un mes solamente. Su abuela le había asegurado que sería una magnífica oportunidad para ver in situ muchas de las criaturas exóticas y las localizaciones que, hasta entonces, sólo había podido apreciar en las páginas de los libros de su padre. Sin embargo, el enorme fastidio y las incomodidades que había sufrido hasta llegar a aquel sitio le hacían muy difícil el poder disfrutarlo. Suspiró de nuevo. A veces se le hacía insoportable lo mucho que echaba de menos tener unos padres de verdad.

Bunty se percató de su estado de ánimo e intentó animar a su nieta.



—¿Te acuerdas de aquel delicioso sombrerito de plumas que te regaló tu tía abuela Geraldine? ¿El que por desgracia se nos perdió junto con tu otra maleta? Pues procedía exactamente de este lugar.

—Creía que lo había comprado en una tienda del Burlingtong Arcade de Londres —respondió ella malhumorada.

—Sí, bueno, el sombrero en sí es verdad que estaba hecho en Inglaterra, pero las plumas vinieron importadas derechitas desde aquí. A lo mejor, si tenemos suerte, puede que veamos alguno de esos raptores del paraíso durante nuestra estancia. Podrías recoger plumas suficientes para hacerte tú misma, cuando regresemos a casa, tus propios sombreritos.

—Me muero de impaciencia —dijo Bea con rotundidad.

Pasados unos minutos, Theodore regresó dando, de nuevo, grandes zancadas por el embarcadero.

—Buenas noticias. En teoría, un porteador viene de camino. Aunque, a decir verdad, no tengo ni idea de cuando, ni de si aparecerá. Creo que lo mejor será, en vez de esperar, dejar aquí las maletas y buscar alguno en el pueblo. Le diré al capitán que no le quite ojo al equipaje. Bunty, creo que la oficina de correos está al final del camino...

—Yo preferiría quedarme aquí —soltó Bea rápidamente, deseando estar un rato a solas.

Theodore y su abuela se miraron el uno a la otra durante un segundo y replicaron con un estentóreo: «¡Genial!».

—¿De verdad? —preguntó ella, confundida, al ver que, por una vez, no ponían inconveniente alguno y estaban conforme con alguna de sus propuestas.

—Por supuesto, querida —añadió Bunty—. Tú quédate aquí y espera a ver si viene el porteador. Nosotros no tardaremos. Me vendrá bien estirar un poco las piernas, además tengo que mandar un telegrama antes de que empiece a hacer más calor.

Su abuela le dedicó una luminosa sonrisa —quizá un tanto exagerada—, abrió su sombrilla y se agarró al brazo que Theodore le ofrecía.

Bea contempló con el ceño fruncido cómo se alejaban. Sin duda, algo extraño pasaba.



